

COLOMBIA:

UNA AGENDA DE PAÍS EN COMUNICACIÓN

La pregunta de partida es por cuánto país cabe en los discursos de la academia, los medios de comunicación y la historia que se escribe, pero apuntando a un relato de futuro. Para construirlo habrá que repensar por qué la guerra y las violencias son nuestra marca nacional, investigar los cómplices relatos de la guerra y las imágenes que negocian la violencia. Y habrá que asumir que la sociedad de la información es más un asunto de políticas públicas que de la repartición y renovación de aparatos, que la educación hoy tiene que hacerse cargo de las identidades profesionales; que las ciudades están hechas tanto de ciudadanías como de urbanías; que las estéticas son resistencia creativa; que por los movimientos sociales pasa un nuevo humanismo; que los ciudadanos están creando ya los nuevos relatos de país que no escuchamos, y que necesitamos reconocer que hay muchas maneras de ser colombianos.

Prof. Jesús MARTIN BARBERO

Ha sido presidente de ALAIC, fundador y director del Departamento de Comunicación en la Universidad del Valle. Es asesor en Políticas Culturales de la UNESCO, la OEI y el CAB. Autor de *Comunicación masiva: discurso y poder* (Ciespal, 1978), *De los medios a las mediaciones* (G.Gili, Barcelona, 1987, traduc. al inglés, al portugués y al francés) *Televisión y melodrama* (Tercer Mundo, Bogotá 1992), con German Rey de *Los ejercicios del ver* (Gedisa, Barcelona, 1999), *Oficio de cartógrafo* (F.C.E., Santiago de Chile, 2002).

Extraño país éste en el que mientras a los autores de las más crueles masacres se les otorga voz e imagen televisiva, a las víctimas, a su inmensa mayoría, se les niega la posibilidad *real* de hablar y de ser vistas. Entonces, hasta mi acolchada conciencia de investigador universitario se está viendo horadada por una incómoda y perturbadora pregunta: ¿tendrá algo que ver La Historia que se hace desde el oficio de investigador con *las historias* desde las que miles de víctimas de nuestras mil guerras, desplazamientos forzados o emigraciones, necesitan/buscan narrarnos su adolorida memoria y experiencia? La pregunta emplaza a las ciencias sociales todas: ¿qué puede haber de la larga desmemoria y la honda desesperanza que sufren las colectividades de desplazados en los muy disciplinadamente especializados saberes que consagra la academia? Cómo meter la densidad de los nudos que entrelazan los diversos países de que está hecho este país, por ejemplo, la abigarrada mezcla que entrelaza religiosidad con fanatismo y con ilustración, godarria conservadora con liberalismo radical, en un modelo aún empeñado en separar y hasta oponer el saber y el narrar?

¿Y cómo escapar de esas fronteras con las que academia arma el muro que intelectualmente la distancia del país si no es poniéndose a la escucha de lo que en este país suena, habla, grita, insulta, blasfema, al mismo tiempo que inaugura, inventa, oxigena, libera, emancipa, crea? Estamos exigidos de una nueva manera de pensar e investigar que, en medio de la frenética globalización que acosa a las culturas, nos exige “reconstruir los sentidos locales”, aun los de las prácticas y las dimensiones más mundializadas de la vida social, pues toda interacción cultural es realizada siempre por actores *situados*, y los significados de las prácticas efectuadas o de los derechos reclamados siempre remitirán en últimas al *uso*, a los usos sociales temporal y espacialmente arraigados. Lo que desde esa perspectiva descubrimos es que los saberes sociales no están ahí sólo para ser acumulados y transmitidos sino para *ser ejercidos* ciudadanamente. Y pocos países tan necesitados de ese *ejercicio* como la Colombia actual, anestesiada, polarizada y paralizada por un montón de miedos expertamente transmutados en “seguridad”, una seguridad que confunde amnistía con amnesia, una seguridad que se transvistió de “democrática” para dejar de ser *social*.

La guerra: conflictos, memorias y relatos

Guerra: palabra que nombra, tanto o más que la dimensión de las armas, las dimensiones sociopolíticas y culturales del conflicto que desgarrar y desangra a Colombia. Pues más que una guerra del ejército con las guerrillas o los paramilitares, la verdadera guerra es la que, como ha dicho Daniel Pecaú, mantienen todos los ejércitos contra la sociedad colombiana. Una guerra en la que la política [tal como es entendida y practicada por una buena parte de los que ofician de políticos en lo nacional, regional y local] está resultando ser tan mortífera o más que la de las armas. Y no sólo

por la probada relación de la “para-política” con ellas sino en cuanto herramienta de polarización del país, de simplificación del conflicto y de estigmatización de todos aquellos que no quieran hacer parte de alguno de los bandos en guerra, o de sus políticas polarizadoras entre los patriotas –o sea los “alistas”– y los traidores.

Tres son las “zonas del conflicto” más comunicativamente afectadas: una, la capacidad de participación de los ciudadanos en la búsqueda de procedimientos y formas de *asumir* y *negociar* el conflicto *colombianamente*; dos, la capacidad de la población más directamente afectada para saber a qué atenerse y cómo comportarse en sus relaciones con los diversos actores de la guerra; y tres, el reforzamiento de la polarización de posiciones ideológicas haciendo inaudibles por unos las voces de los otros hasta el punto de que los *actores en conflicto* no parecieran compartir mínimamente el país por el que luchan y dicen defender. Alguien dirá que esa es una clave de toda guerra civil: ¿pero, entonces en qué quedamos, no es acaso eso lo que tenemos en Colombia? Y si no es así ¿qué hacen los medios polarizando sus imágenes en esa dirección? ¿a quién sirven con esa actuación sino a los diversos *señores de la guerra*? Esa es la cuestión de fondo a la que remite la relación entre guerra y comunicación en Colombia.

Una segunda perspectiva sobre esa relación es la que actualmente nos enfrenta a la perversa complicidad de *amnistía* con *amnesia*. Pues si en Colombia hay una cuestión de fondo que este país tiene aun pendiente –irresuelta tanto en el pensamiento como en la acción– es la muy especial relación entre violencia y desmemoria. Ya que el pasado no está formado sólo por hechos “ya pasados” sino tanto o más por tensiones que presionan sobre el presente, que es el pasado aun vivo del que estamos hechos. Y de ese pasado vivo hace parte en Colombia una larga impunidad de la sólo podremos salir cumpliendo con el *deber de memoria* que el país tiene con las víctimas de sus muchas violencias. No se trata en modo alguno del deber de las *víctimas* sino del de *nosotros* hacia ellas. Nuestra es la *deuda* en el plano el civil y el penal, en el de la imputación del victimario y en el de la reparación de los daños sufridos. Que es la misma relación que funda la capacidad de perdón, un *perdón difícil* pero no imposible. Porque lo que hace verdaderamente difícil el perdón es tanto el sentimiento de revancha como la débil frontera que separa a la *amnistía* de la *amnesia*, una frontera que se traspasa cuando la amnistía en lugar de servir a la superación de la desgarradura en el tejido de una sociedad sirve la preservación del *cuerpo militar y político*. Y al servir de máscara a la amnesia la otorgación de la amnistía sigue produciendo el retorno de lo reprimido que hunde en la sinsalida de la violencia. ¿No es a eso a lo que vive enfrentada Colombia por su incapacidad hoy mismo de diferenciar de verdad entre una amnistía posibilitadora del perdón que reconcilia a la sociedad y una amnesia que reprime la posibilidad de hacer justicia?

Tercera perspectiva, lo que más hondamente rompe a una sociedad y la pone en guerra, son las promesas incumplidas, pues de ellas se alimenta la percepción colectiva

de humillación, des-conocimiento y des-precio, que subyacen a la impotencia de las mayorías. Eso y no otra cosa es lo que significa que una sociedad como la colombiana se sienta *des-moralizada*, y tanto que ya no pueda distinguir entre quien la adornece y quien la alerta sobre sus verdaderos problemas (¿no será este el *secreto* del teflón presidencial?). Pero aun atrapados en ese sentimiento de impotencia la mayoría de los seres humanos se aferran a un mínimo de dignidad básica para la que reclaman el *re-conocimiento* y en el que se basan todos los derechos. Derechos que remiten a estructuras institucionales donde se sedimentan valores y convicciones que hacen posible un re-conocimiento no meramente formal sino real: aquel que *re-distribuye* tanto el patrimonio como las responsabilidades, los derechos y los deberes, las ventajas y las cargas.

Necesitamos entonces ubicar la cuestión del *reconocimiento de las víctimas* y del derecho a sus memorias en un proyecto de verdadera *re-figuración* por el lenguaje. Pues como certeramente nos recordó D. Pecaute, más que de un mito fundador, es de un *relato* nacional de lo que más necesitamos los colombianos. Hay una imagen de Colombia que resulta tan expresiva como estremecedora: la de un país atrapado entre el blablabla de los políticos y el silencio de los guerreros. Pocas imágenes tan certeras de la complicidad y correspondencia entre las dos trampas que entrañan las violencias que sufrimos. Los políticos atrapados en una habladería incapaz de hacerse cargo de la complejidad de los conflictos y las demandas que plantea el país, incapaz de visibilizar los modos como el país quisiera ser reconocido regional, racial y generacionalmente. Y junto a esa inflación de la palabra política, junto a tanta palabra hueca, se alza el silencio de los guerreros: manifestado en el hecho de que la inmensa mayoría de los miles de asesinatos que se producen cada año no sean reclamados, no merezcan la pena de ser reivindicados, es decir no tengan el más mínimo relato. Se tiran los cadáveres en el campo, en los ríos, al borde de las carreteras, o en las avenidas urbanas, y lo único parecido a una palabra que se queda en el mero gesto mudo, son las marcas de la crueldad sobre los propios cuerpos de las víctimas. Silencio tenaz de los guerreros de un bando y de otro, y del otro también. Silencio tanto o más sintomático que la impunidad, pues el que no haya una palabra que se haga cargo de la muerte inflingida tiene quizá una resonancia más ancha que el hecho de que no se juzgue al asesino.

Y es justamente ahí donde reside lo más específicamente *comunicativo* del escenario de la guerra pues resulta doblemente estratégico tanto lo que se juega en el análisis como en la construcción. Desde *el análisis* necesitamos hacernos cargo en serio, esto es con investigaciones de largo aliento, del conjunto de los relatos de guerra, de los mediáticos y de los literario-artísticos puesto que las complicidades, las resistencias y las subversiones se presentan en todos ellos. En el otro plano, el de *la construcción*, se trata de asumir valorosa e innovadoramente la producción de relatos alternativos de nación que, basados en el conocimiento de los relatos de guerra, sean capaces tanto de desestabilizar los leguajes audiovisuales y las escrituras digitales en lo

que esos lenguajes conservan aun de complicidad con las inercias y las autocensuras, como de anudar la diversidad de las memorias con horizontes y apuestas de futuro.

Violencias, imágenes y medios

Necesitamos pensar este país como el laboratorio sociocultural en que lo ha convertido el entrecruce de los tráficos globalizados de narcóticos, de armas y de “blancas”, con los irresueltos conflictos de su formación nacional. Pues Colombia no es el país más violento del mundo –como acostumbran a llamarlo las agencias transnacionales de información– sino el país en el que más visiblemente se entrecruzan las violencias y miedos del fin del segundo milenio con los del primero. Con su cínica expresividad, J. Baudrillard ha descrito una situación que caracteriza especialmente a la colombiana al afirmar: “Nada de lo que se creía superado por la historia ha desaparecido realmente, todo está ahí dispuesto a resurgir, todas la formas arcaicas, anacrónicas, como los virus en lo más hondo de un cuerpo, La historia sólo se ha desprendido del tiempo cíclico para caer en el orden de lo reciclable”. Que es la operación asumida por los miles de imágenes de las que se alimenta comercialmente la violencia de los medios frente a su incapacidad de tejer un mínimo de relato y de historia de país. Claro que para eso necesitaríamos no sólo de unos medios distintos que los modelados y moldeados por el mercado sino de una investigación capaz de tomar en serio, y ayudar a comprender, aquella perturbación nacional que entrelaza las violencias más antiguas a los miedos más actuales.

A ese mestizaje de violencias ancestrales con las más modernas hay que añadir el carácter *exhibicionista* y *la fascinación pública* que la violencia tiene entre los colombianos, y los efectos que ello produce sobre la trama de los discursos y las topografías sociales: hay una malsana y peligrosa tendencia a pensar la violencia sin sujeto social, y por lo tanto atribuible a la condición misma del ser colombiano: “los sujetos sociales y su actividades quedan emascarados en la malignidad nacional” afirma Myrian Jimeno. Incluso los actores más violentos, los narcotraficantes, sus sicarios o las guerrillas son entonces dis-culpados por ser productos de un “orden injusto” o de “compulsiones profundas” (la explicación no puede ser más moderna, pero ¿quién iba a pensar hace unos años en la perversión a la que se prestaría en Colombia la revoltura de marxismo con psicoanálisis?). La presencia *reiterada* del acto violento en los discursos sociales remite, por un lado, a su banalización, y por otro a la necesidad psicológica de sobrepasar el trauma permitiendo su asimilación como experiencia –junto a un 85% de la gente que se declara desconfiado el 90% se declara valiente!–. Lo cual significa que en el acto mismo de *domesticación* de la violencia, de su control psicológico y de su habituación, de su conversión en *hábitus*, la sociedad colombiana vive un profundo deterioro de la calidad de la convivencia ciudadana al legitimar el *derecho al miedo* y su consecuencia estructural, la *desconfianza*. Claro que ese derecho y sus consecuencias no son vividas del mismo modo en los estratos

sociales medios y altos que en los populares. Mientras en los primeros la violencia es mayoritariamente referida a su existencia/ presencia *impersonal e instrumental*, en los populares la violencia tiene rostros y remite siempre a alguna *deuda* que se cobra, o una venganza que se cumple, de ahí que los actos violentos que más les impresionan sean los que ven en la televisión.

Ante la densidad y opacidad que las violencias presentan en Colombia los medios, y especialmente la televisión –que es la casi única fuente de información y opinión pública para las mayorías– se ha dedicado en gran medida a hacer negocio con ella, mientras del lado del análisis predomina una mirada tan corta de vista que lo único que analiza es lo directamente observable en la inmediatez de las imágenes y los relatos. Como si la única violencia presente en la televisión fuera la de los crímenes, atracos y vejaciones realizadas por los delincuentes y las acciones de la policía. ¿No será quizá que ésa es la única violencia que se deja contar, esto es, medir por los parámetros que proporciona la concepción hegemónica que domina desde el *rating*? Y ¿cómo medir la presencia y los efectos de la violencia que ejerce la positiva valoración de las tecnologías de guerra o del autorismo justificado por la crisis de valores, la desvalorización de la raza negra o las etnias indígenas, la humillación de la mujer, la burla de los homosexuales, la utilización publicitaria de los niños, la descalificación de lo diferente y la ridiculización folklorizada de lo popular? Y sin embargo la violencia medible en número de asesinatos o de robos no es comprensible más que en relación a esas otras violencias no medibles.

Una muy particular violencia en televisión es la que atañe a la mujer, y cuya mayor incidencia se halla en las imágenes de la publicidad. En ellas el cuerpo femenino es utilizado para publicitar desde armas hasta cualquier objeto “apetecible” tenga o no que ver con la mujer. La mujer es por antonomasia en la publicidad el cuerpo de la seducción, y para ello será instrumentalizado, funcionalizado, pues lo que ahí está en juego no es el deseo que produciría ese cuerpo sino los objetos que tenemos que consumir si nos dejamos seducir por él. Durante años, la crítica de izquierda cayó en la trampa de ver en la publicidad sólo el proceso mercantil, cuando en verdad la publicidad no está al servicio sólo de los comerciantes sino de la legitimación de determinados modelos de relación social, y es desde ahí que el modelo patriarcal y machista de poder opera, esto es se legitima y es interiorizado. Al buscar modelos para el mundo entero, la publicidad televisiva, aunque mezcla ingredientes locales, choca frontalmente con el reconocimiento cultural de los diferentes modelos históricos y culturales de cuerpo. Este es un ámbito de violencia contra la mujer especialmente grave y actual: la propuesta de un modelo de cuerpo transnacional, no diferenciable social y culturalmente, está a la base de los millones de jóvenes que sufren de anorexia y bulimia. Además de lo que esa globalización de los modelos de cuerpo implica de des-conocimiento y des-valorización de los diferentes cuerpos, de las diferencias corporales, marcadas por discriminaciones sociales: en Colombia, por ejemplo, las empleadas del servicio son boyacenses o negras; cuando aparecen las “otras” razas,

los “otros” cuerpos –salvo muy raras excepciones–, el discurso básico sigue siendo el de la propuesta de un modelo de cuerpo transcultural.

¿Y qué análisis necesitamos sobre esas violencias sociales y políticas que ponen en imágenes los noticieros y los programas periodísticos? Lo que abunda es la queja repetida contra el morbo y la utilización comercial y política del terrorismo o la miseria. Claro que hay buenas dosis de ambas cosas, pero ¿dónde termina la protesta justa contra el exceso y la rentabilidad del populismo y dónde empieza la tramposa necesidad individual y colectiva de tranquilizar la mala conciencia y tapar la vergüenza que sentimos de convivir con lo que convivimos? En todo caso el asco y el cansancio que nos producen las imágenes de la miseria o el terrorismo no justifican en modo alguno la superficialidad redundante de lo que se escribe y la ausencia de análisis que aborden la especificidad de la violencia en el discurso de la televisión: ¿hasta dónde llegan los derechos de los ciudadanos a estar informados, y de los periodistas a informar de los hechos de violencia, y dónde comienza la utilización política y comercial y el derecho entonces de las instituciones públicas a regular esa utilización? ¿Cuál es el tipo de tratamiento televisivo adecuado a los riesgos de ambigüedad que implica dar imagen y voz a los violentos y dónde está el límite de riesgo incompatible con el juego democrático?

Lo único claro son los límites de unos estudios de la violencia televisiva que reducen su objeto a los hechos violentos presentes en el relato dejando por fuera la violencia de los relatos y de los discursos. Me refiero a la violencia que –sea cual sea el tema o el hecho– explota desde los dispositivos del discurso la complicidad de nuestro imaginario. Como en el discurso de la seducción publicitaria se “explotan” los deseos, las aspiraciones a mejorar la vida convirtiéndola en igualitarismo conformista. O el discurso espectacularizador de la política escamoteando el debate de ideas a base de alimentar el gusto de las masas por la escenificación y los efectos dramáticos. Y el discurso de melodramatización del sufrimiento en las grandes desgracias colectivas o en el dolor personal, explotando el sentimentalismo morbosos que diluye las dimensiones sociales de los conflictos en el azar de los sucesos. Y el discurso, en fin, de la exclusión mediante la violencia que implica la negación de espacios, problemas y actores de lo social, de prácticas y sujetos de lo cultural, que son dejados fuera por un discurso televisivo que explota nuestra “falta de memoria”, y nuestra imperiosa necesidad de olvido.

Desafíos de la sociedad de la información al país

¿De qué estamos hablando cuando la *sociedad de la información* es referida a nuestro país? Referida a los años '90 de lo que hablamos es de una ausencia casi completa de políticas públicas tanto en el ámbito de la implantación como de orientación de las nuevas TIC. Y después lo que encontramos es la proliferación de unas iniciativas públicas que siguen condicionadas por una concepción altamente

instrumental –esto es ni cultural ni ciudadana– impidiendo insertar las redes digitales en los planes nacionales de desarrollo nacional y en los contextos de democratización local. En segundo lugar desde los gobiernos se siguen privilegiando los “paquetes tecnológicos” –distribuidos sin la menor adecuación a los diversos contextos rurales o urbanos, de desarrollo o de marginación– por encima de aquellos servicios que mejor respondan a las necesidades de las colectividades locales al potenciar su inclusión y creatividad que son las que refuerzan los lazos comunitarios. Tercero, la muy incipiente y aun escasa interacción de la escuela pública con los actuales desarrollos de las tecnologías digitales se ve lastrada por una concepción de esas tecnologías todavía fuertemente ligada a la idea de “ayudas audiovisuales”, es decir incapaces de reconfigurar profundamente la escuela tanto en sus modos de producción y circulación del conocimiento como en el diseño de los nuevos mapas laborales y profesionales que el país está necesitando vitalmente.

En contraste sin embargo con lo que pasa en el plano del Estado, en el de la Sociedad encontramos una situación con rasgos muy distintos:

- El escenario nacional de las TIC se ve movilizado por una fuerte expansión del acceso a las redes de parte de las mayorías, aunque nada garantice un desarrollo equitativo de ellas y de sus usuarios para lo cual se necesitaría que el sector público afiance la sostenibilidad y redistribución de esa expansión.
- Tanto en los pequeños municipios rurales como en los grandes barrios urbanos, y entre jóvenes como entre comunidades indígenas, hay una intensiva apropiación comunitaria de la radio y la televisión enriquecidas por las nuevas posibilidades de intercambio cultural que las redes digitales implican.
- No obstante las aun precarias condiciones en que las redes digitales se desarrollan en nuestro país ellas representan cada día más el surgimiento y conformación de un nuevo espacio público por el que circulan agendas de información muy diversas a las oficiales y debates políticos sobre temas y problemas estratégicos que no encuentran cabida en los medios tradicionales.
- También en el ámbito de los nuevos modos de creación cultural las redes digitales están abriendo en el país posibilidades de debate cultural y estético que, como nunca antes, está desbaratando las jerarquías tradicionales detentadas y tenazmente defendidas por artistas, académicos y críticos consagrados.

Podemos afirmar entonces que, pese a la falta de políticas públicas al respecto y de la desconfianza y apatía con la que la academia mira al ciberespacio, *la sociedad colombiana* –incluidos los dos millones de emigrantes que se comunican primordialmente mediante las redes– *ya ha hecho del ciberespacio una parte constitutiva del espacio social y cultural colombiano*. De ahí la importancia estratégica que reviste la investigación en este campo.

De otro lado la ciencia, esto es del nuevo estatuto económico y cultural del conocimiento científico, tal como se expresa en la sociedad del conocimiento, lo que encontramos en Colombia es una permanente ausencia de debate público. Lo que resulta fuertemente sintomático del casi nulo interés del sector público por hacerse cargo de las transformaciones que atraviesan hoy tanto la investigación científica como la innovación tecnológica. La preocupación es cada día mayor ante lo poco que hay en este país de reflexión propia acerca de los cambios en el sentido y alcance de la investigación científica cuando el conocimiento se convierte en el mayor indicador de valor agregado en la producción social y económica, y por la completa falta de debate público acerca de lo que se hace y se deja de hacer aquí en y con la investigación en ciencia y tecnología (CyT).

Además no podemos ignorar que la actual valoración de la información/ conocimiento no puede ser apreciada en su justo valor mas que conectándola con la devaluación que hoy sufren los saberes tradicionales –en base a los cuales sobrevive social y culturalmente buena parte de nuestra población–, esto es los saberes no informacionales ni informatizables, desde las formas de trabajo “informales” (no sólo en el sentido económico sino en el de que no están in-formadas, esto es in-corporadas al valor de la *información*), hasta tres tipos de saberes claves: los de cosmovisión, los medicinales y los saberes estéticos. Un ejemplo de los primeros y de su ligamento con la producción vital es el de los chinos hoy, aprendiendo de las terrazas peruanas, incaicas, para mejorar el sistema de terrazas chinas, pues han descubierto que los Incas habían elaborado las suyas con base en un saber ecológico más ancho que el suyo. Los segundos, saberes medicinales, constituyen hoy una fuente de enriquecimiento incesante de esas monstruosas empresas trasnacionales de fármacos que, además de robar esos saberes a las comunidades indígenas los colocan a unos precios con los cuales no se pueden beneficiar mínimamente nuestros pueblos. Y los terceros, saberes estéticos que van desde los gastronómicos a los del diseño textil y los musicales.

En Colombia es aun muy escasa la reflexión y la investigación sobre la relación constitutiva del derecho a la comunicación, en su más ancha complejidad, con el derecho a la participación del, y en, el conocimiento; esto es el derecho de los ciudadanos y los grupos sociales al acceso a la información no sólo como receptores sino también como productores. Ya que el reconocimiento de esos nuevos derechos tiene a la base el valor que el conocimiento ha adquirido en la “sociedad-red”, como bien público primordial. Se trata del derecho de los ciudadanos a la comunicación pública del conocimiento, aun más decisivo en las nuevas condiciones de hegemonía tecnológica del saber y de las presiones mercantiles sobre el proceso mismo de su producción y circulación.

Educación: el más estratégico escenario del cambio

La sociedad de la información no existe por fuera de las nuevas condiciones que la sociedad de mercado produce en el ámbito del trabajo el ejercicio y el ejercicio profesional. Y entiendo por profesión la trama formada por el cruce de dos figuras sociales: un oficio y una vocación. Al oficio lo caracteriza un logro que se halla socialmente definido en términos de éxito económico. A la vocación también la caracteriza socialmente su logro, pero éste se define en términos de realización personal. El profesional estuvo dedicado en el tiempo de la modernidad industrial a la ejecución de tareas fijas, y delimitadas de una vez para toda la vida, con pocos cambios a todo lo largo del día y de la vida. En la actual sociedad de mercado se pone en marcha un nuevo tipo de empresa que evidencia cambio en dos sentidos, sentidos que aquí sólo puedo enunciar. Para poder entender la transformación que sufre la identidad profesional, hay que pensar, de un lado en los cambios que sufre el sentido del trabajo y del trabajador. Y segundo, ¿qué sentido cobran las figuras profesionales que encarnan al nuevo trabajador y al nuevo sentido del trabajo?

Crisis de las identidades laborales y profesionales

Las condiciones que comienzan a erosionar el sentido moderno del trabajo y del trabajador se producen a mediados de los años 70' cuando se cierra el ciclo de los "30 gloriosos años 1945-1975" que siguen al fin de la segunda guerra mundial, y, con la crisis del petróleo, hacen su aparición los primeros dos movimientos: el aumento en la terciarización del empleo y de su precariedad. De una sociedad industrial, salarial, manual, conflictual pero solidaria y negociadora se comienza a pasar a otra terciarizada, informatizada y menos conflictual pero fracturada, dual, desregulada y excluyente. De explotado pero incluido en el sistema un buen sector de trabajadores pasa a ser llanamente excluido. Desciende drásticamente el número de trabajadores en los ámbitos de la gran industria tradicional –minería, acerías, metalmecánica, agrícola, etc.– se acrecientan los puestos de trabajo en los campos de la educación, la salud, la seguridad, el comercio, y se abren o potencian otros campos: la informática, la asesoría, la investigación, la gestión. Claro que los empleos creados en los últimos cuatro campos no pasan a ser ocupados por los desocupados de las industrias tradicionales ya que se trata de nuevos oficios.

La muy ambigua –o mejor tramposa– palabra con la que, desde el ámbito de la gestión empresarial, se denomina a estos cambios, la *flexibilidad laboral*, junta y confunde dos aspectos radicalmente diferentes del cambio. Uno, eminentemente positivo en principio aunque muy recortado en la práctica: el paso de un trabajo caracterizado por la ejecución mecánica de tareas repetitivas al de un trabajo con un claro componente de iniciativa de la parte del trabajador, que desplaza el ejercicio de predominancia de la mano a la cerebro: nuevos modos del hacer que exigen

un saber-hacer y el despliegue de destrezas con un mayor componente mental. La trampa que el uso de la palabra flexibilidad encierra al ser identificada únicamente con esa dimensión positiva es que oculta: primero, que esa capacidad de iniciativa, de innovación y creatividad en el trabajo, es férreamente controlada por la lógica de la rentabilidad empresarial que la supedita en todo momento a su “evaluación de los resultados”; y segundo, que la flexibilidad incluye el otro componente radicalmente negativo de la precarización del empleo tanto en términos de la duración del contrato de trabajo como en las prestaciones salariales en salud, pensión, educación, vacaciones, etc. La flexibilidad se convierte así en el dispositivo de enganche del trabajo en las nuevas figuras de empresa. Pues de un lado, al trabajador o empleado no se le permite la creatividad, no se le deja libre, para que haga lo que quiera y de veras invente, sino para que tenga la posibilidad de competir mejor con sus propios compañeros de trabajo; y de otro la competitividad es elevada al rango de condición primera de existencia de las propias empresas. Todo lo cual va a acarrear la mengua o desaparición del vínculo societal –espacial y temporal– entre el trabajador y la empresa, afectando profundamente la estabilidad psíquica del trabajador: se acabó la posibilidad de hacer proyectos de vida. Al dejar de ser un ámbito clave del reconocimiento social de sí mismo, el trabajo pierde también su capacidad de ser un lugar central de significación del vivir personal, de sentido de la vida.

Es justamente ahí donde se incardinan los cambios en el ejercicio profesional. Se trata de un cambio de fondo y no de mera forma como lo atestigua la nueva figura profesional de los grupos/proyecto, los “círculos de calidad”, en los que cada individuo es puesto a competir con los otros individuos del grupo, y cada grupo compite con otros grupos, no sólo fuera sino aun dentro de la misma empresa. En la estructura profesional de la empresa “tradicional” no había dos equipos haciendo lo mismo en situaciones que permitan evaluar permanentemente cuál de ellos es el más competitivo. Ahora podemos afirmar que la libertad de hacer, la inventiva y la creatividad son incentivadas y a la vez que puestas permanentemente a prueba bajo el baremo de la competitividad. Y en condiciones de competitividad cada vez más fuerte, la creatividad se transforma, se traduce, en fragmentación no sólo del oficio sino de las comunidades de oficio. El nuevo capitalismo¹³ no puede funcionar con sindicatos fuertes, a los que vuelve no solamente innecesarios sino imposibles. ¿Por qué? Porque la verdadera iniciativa ahora otorgada al individuo consiste en responsabilizarlo en cuanto tal de las actividades que antes eran asumidas por la empresa: desde la formación o adquisición de competencias y destrezas hasta de la duración del contrato de trabajo. Al ser puesto a competir con sus propios colegas y perder la seguridad del trabajo indefinido en la empresa, el sentimiento de pertenencia a un gremio, de solidaridad colectiva, sufre una mengua inevitable.

No puede ser más significativo que en castellano competencia nos sirva para hablar a la vez de los saberes y las destrezas, y también para hablar de la lucha

a muerte entre empresas. Hoy esa con-fusión es aun más socialmente significativa pues sus ingredientes nunca estuvieron tan inextricablemente mezclados. De la nueva enseñanza por competencias se empieza a hablar en la academia justo en el mismo momento en que la empresa ha hecho estallar el oficio de administrador o de ingeniero industrial para transformarlo en un número determinado de actividades desempeñables por competencias individuales. En la actual sociedad de mercado la nueva empresa, organizada por grupos-proyecto y por competencias, hace imposible el largo tiempo, tanto en el de la pertenencia a una colectividad empresarial como en de la carrera profesional, dejando sin sentido a la empresa como comunidad y a la carrera profesional como temporalidad individual. En Silicon Valley, que no es nuestra sociedad pero es hoy día la punta de lanza de los cambios en este campo, el promedio de contratación de profesionales es de ocho meses, y aunque no sea nuestra realidad si puede ya ser visto como modelo para algunas empresas transnacionales. Pues el nivel salarial tiene cada vez menos que ver con los años de trabajo en la empresa. Yo mismo tengo amigos en Colombia, en España, en Francia, que llevan muchos años en la empresa y que están siendo rápidamente desalojados de sus puesto de trabajo por jovencitos que acaban de entrar a trabajar ganando el doble que ellos. El valor del trabajo se divorcia así también del largo plazo y el largo tiempo de la solidaridad, para ligarse a una creatividad y una flexibilidad uncidas a la lógica de la competitividad. Ahí aparece ligada la otra cara de la crisis: la del sujeto trabajador, del individuo avocado a una permanente reconversión de sí mismo que, de sujeto ejecutor de tareas trazadas por otros, es obligado a tener iniciativa, a innovar, justo en un momento en el cual todo en la sociedad hace del individuo un sujeto inseguro, lleno de incertidumbre, con tendencias muy fuertes a la depresión, al estrés afectivo y mental.

Nuevo lugar de la educación en la sociedad

En gran parte de espaldas a nuestro sistema educativo se halla en marcha una transformación en profundidad del mapa “moderno” de las profesiones, un mapa ligado a la emergencia de nuevos saberes y destrezas mentales que la revolución tecnológica introduce en la neo-alfabetización del mundo laboral, y a la configuración de los nuevos oficios exigidos por las nuevas formas de producir y gestionar. Pero hay otro plano en que el cambio de cartografía se halla aun más lejos de nuestras escuela y universidades: el del nuevo estatuto del trabajador en la sociedad que, de un lado condensa la cara socialmente más dolorosa de la globalización –la mal llamada flexibilización laboral, en verdad la disolución de la figura “moderna” del trabajador de tiempo completo para toda la vida- de otro lado rompe con la también muy “moderna” figura hegemónica de la especialización reinventado la figura de trabajador camaleón, móvil y multiforme, capaz de situarse con rapidez en los más diversos ambientes y campos profesionales.

De ello derivo tres líneas de cambio que deberá afrontar la educación si no quiere verse marginada de los procesos que configuran las nuevas sociedades y convertida en marginadora de los profesionales que forma. La primera puede cifrarse en esta pregunta: ¿están la educación, al menos la pública, auscultando, pensando, investigando, la complejidad de las relaciones entre los cambios del saber en la sociedad del conocimiento y los cambios del trabajo en una sociedad de mercado?. Segunda, ¿el papel de la educación puede y debe ser únicamente el de analizar tendencias –las que ponen el mercado y el desarrollo tecnológico en la globalización socioeconómica y en la mundialización de la cultura– para ver cómo se adapta ellas? ¿No debería la educación asumir como tarea propia, estructural y estratégica hoy más que nunca, la de formular y diseñar proyectos sociales, la de pensar alternativas al modelo hegemónico del mercado y de la comunicación? No estoy postulando utopías suicidas sino alternativas viables, esto es capaces de negociar con algunos hechos inapelables tanto de la sociedad del conocimiento como de la de mercado, pero capaces también de arriesgarse a imaginar social, cultural, políticamente, de arriesgarse a ser de veras socialmente creativas. Y tercera, la universidad no puede renunciar a poner en su agenda docente ciertos saberes indispensables, saberes posiblemente muy poco o nada rentables o funcionales al modelo de sociedad hegemónico, pero a saberes sin los cuales el trabajador profesional no podrá sobrevivir como sujeto humano en una sociedad de lucha a muerte por encontrar un nicho de trabajo. La educación va a tener que distinguir –sin oponerlos– entre saberes rentables y saberes indispensables, pues creo que es ahí, en esa encrucijada de saberes, donde se dirime el sentido y el futuro de nuestras escuelas y universidades que se han dado a sí mismas explícitamente un proyecto social, esto es no sólo un oficio, el de enseñar, sino una vocación, la de formar ciudadanos.

Por el escenario de la educación (por favor, no confundirlo con el “sistema educativo”, siempre reformado y siempre igual!) pasan hoy algunas de las posibilidades de transformación social y cultural más decisivas y más de fondo para nuestros países. Pues en ese escenario hoy se hace posible la convergencia de las oralidades culturales de las mayorías con las nuevas visualidades y las escrituras cibernéticas. Claro que esa posibilidad se hará realidad sólo si las culturas letradas aceptan transformar su didactismo autoritario en una mediación ciudadana performativa. Pues la larga subordinación de las oralidades, sonoridades y visualidades de las mayorías al orden excluyente de la letra sufre actualmente una erosión creciente e imprevista. Erosión que se origina, de un lado, en la des-localización y diseminación de los “tradicionalmente modernos” circuitos del conocimiento, y de otro lado, en la aparición de nuevos modos de producción y circulación de lenguajes y escrituras que emergen de la tecnicidad electrónica, y especialmente de internet.

Estamos ante un nuevo escenario cultural y político que puede ser estratégico para la mutación de un sistema educativo excluyente no sólo cuantitativa sino sobre todo cualitativamente, y también de un sistema caduco por profundamente anacrónico

en relación a los cambios que experimentan las culturas cotidianas de las mayorías sociales. Se trata de un escenario en el que la comunicación, la infomación y los lenguajes, adquieren hoy su verdadero valor ya no en cuanto medialidad sino en cuanto ecosistema, o tercer entorno (J. Echevarría), a partir del cual la democratización de nuestras sociedades posibilite a las mayorías apropiarse, desde sus propias culturas, de los nuevos saberes y las nuevas formas de ejercer la ciudadanía.

Pero para asumir nuestro papel en ese nuevo escenario educativo necesitamos trabajar a la vez en el frente teórico-conceptual que, de un lado, nos permita apropiarnos creativamente, e innovadoramente, de las cuestiones y conceptos pioneros sobre la información, la tecnicidad y los interfaces; y en ese otro frente que abre la inserción de nuestros análisis en el acompañamiento de experiencias claves en alfabetización virtual y en ciberdiseño, en apropiación social de las tecnologías y en gestión del conocimiento.

Transformaciones de la ciudad: entre urbanías y ciudadanías

Hija en alto grado de la violencia que en este país se escribe con mayúscula, la urbanización nombra el proceso que, de fines de los años 40 a mediados de los 60, llevó a millones de campesinos a abandonar sus tierras invadiendo las ciudades, obligándolas a reorganizarse de modo compulsivo, esto es sin el largo de tiempo y el mínimo de planificación que esa reorganización requería. Pero habla también de otra peculiaridad: el éxodo rural no se volcó sobre una o dos grandes ciudades como ha sucedido en la mayoría de los países de América Latina, sino que dió lugar a la multiplicación de las ciudades grandes –Bogotá y Medellín, Cali, Barranquilla– y la proliferación de ciudades intermedias –Bucaramanga, Pereira, Cartagena, Ibagué, Manizales, Pasto, Neiva–. Y, si de un lado, urbanización significó el acceso a los servicios (agua potable, energía, salud, educación), e implicó la descomposición de las relaciones patriarcales, y una cierta visibilidad y legitimación de las culturas populares, de otro significó también mucho de desarraigo y crecimiento de la marginación con la consiguiente pérdida creciente de memoria colectiva. Pues a la explosión espacial que des-centra la ciudad –por destrucción o resignificación de su antiguo centro– se añadió una estandarización de los usos de la calle, de los lugares de espectáculos, del comercio, del deporte que erosionan el sentido de pertenencia.

Para pensar/investigar hoy las relaciones entre ciudad y comunicación necesitamos partir de una constatación básica: lo que constituye la fuerza y la eficacia de la *ciudad virtual* no es el poder de las tecnologías en sí mismas sino su capacidad de acelerar, de amplificar y profundizar, tendencias estructurales de nuestra sociedad. Como ha dicho Furio Colombo “hay un evidente desnivel de vitalidad entre el territorio real y el propuesto por los *massmedia*. La posibilidad de desequilibrios no derivan sin embargo

del exceso de vitalidad de los media, antes bien provienen de la débil, confusa y estancada relación entre los ciudadanos del territorio real". Es el desequilibrio generado por un tipo de urbanización irracional el que de alguna forma es compensado por la eficacia comunicacional de las redes electrónicas. Pues en unas ciudades cada día más extensas y desarticuladas, en las que el desarraigo y el crecimiento de la marginación se acompaña de una acelerada pérdida de la memoria urbana, la radio, la televisión y la red informática acaban convirtiéndose en un dispositivo de comunicación que ofrece formas de contrarrestar el aislamiento de los individuos posibilitando vínculos culturales a las diversas agrupaciones en que se fragmenta la sociedad. Pero de esa compensación, al disfrazamiento culturalista de los problemas sociales tras las tensiones y virtualidades generadas en el ámbito comunicacional, hay mucho trecho. Cualquier sustitución de lo político por lo tecnológico, además de legitimar la omnipresencia mediadora del mercado, encuentra su desmentido más tajante en la insalvable zanja que separa la *levedad del mundo de la información* -la virtualidad de sus circuitos y redes, de sus dispositivos de procesamiento y almacenamiento, de su interactividad y velocidades- del *espesor y gravedad del mundo de la incomunicación* que representan/ producen las implacables y abigarradas violencias mediante las cuales unos actores -lumpen, delincuentes, guerrillas y narcotraficantes- desbordan y desbaratan con sus entrelazadas guerras las barreras alzadas por otros actores, en su renovado esfuerzo por seguir demarcando la ciudad y marcando la exclusión, por aislarse y protegerse mediante conjuntos habitacionales o financieros cerrados y armados con policías, perros y circuitos electrónicos de vigilancia.

De ahí que fuera un *comunicador* tan experimentado y sagaz como Antanas Mockus el primero en hacer de la *incomunicación estructural* entre los bogotanos y entre los habitantes y los gobernantes de la ciudad, el núcleo más hondo y, a la vez, expresivo, de sus problemas. Y de ahí lo complejo y certero del lema de su campaña: *formar ciudad*. Pues significaba tres cosas: lo que da su verdadera forma a una ciudad no son las arquitecturas ni las ingenierías sino las ciudadanías; pero para que ello sea posible los ciudadanos tienen que poder re-conocerse en la ciudad; y ambos procesos se hallan implicados en otro, el de *hacer visible la ciudad como un todo*, es decir, en cuanto espacio/proyecto/tarea de todos. Si antes la ciudad era invisibilizada por sus múltiples desastres y por los mil fallos desde los que afecta cotidianamente la vida de la gente -fallos en el acueducto, la energía eléctrica, el transporte, etc.-de lo que se trató fue de que la mirada cambiara de foco, y pasara a percibir las deficiencias no como un hecho inevitable y aislado sino como el rasgo de una figura deformada en su conjunto, esto es deforme, sin forma. Se trató de un conjunto de estrategias comunicativas -desde los payasos en los pasos de peatones, a los tarjetones simbolizando lo positivo/negativo, a los rituales de vacunación contra la violencia doméstica o la hora zanahoria- que sacaron a los habitantes de Bogotá del "tunel" por el que transitaban de su casa al trabajo y viceversa, *provocándoles*

mirar y ver, e iniciando así la formación de una nueva cultura política a partir del reconocimiento y valoración del espacio de *lo público*.

La ciudad representa entonces hoy *un espacio decisivo en la recreación de la democracia*. Denso lugar de entrecruzamiento de lo local y lo global, la ciudad se constituye en territorio experiencial de las nuevas formas de comunicar: esos nuevos modos de estar juntos en los que se revuelven solidaridades de barrio con flujos informáticos, movimientos tribales con sedentarismos de masa, ancestrales parentescos con redes cibernautas. Y experimentación también de nuevas formas de ciudadanía que combinan política y cultura, representación y autogestión, proyecto colectivo y trayecto individual, diversificación de la producción y heterogeneización de las formas y rituales del consumo, lucha contra la desigualdad y defensa de la diferencia, colectividad y privacidad.

Por todo ello estamos necesitados de una investigación que acompañe los procesos de transformación radical del sentido de lo urbano que la globalización acarrea: investigación de nuevos escenarios y modalidades de la comunicación urbana, desde los diversos usos sociales de los centros comerciales a los nuevos modos de agregación social que proporcionan y estimulan los grandes conciertos musicales, el festival bogotano de teatro o “el septimazo” convirtiendo los ciernes el tramo central de la Séptima en un espacio de expresividad multicultural y de goce estético a la vez masivo y diferenciado. E investigación también de las desafiantes variedades del crecimiento del anonimato social y su complemento: la individuación compulsiva, la tribalización agresiva y la ghetización de muchos jóvenes, las mil formas de estigmatización de los migrantes y los desplazados. E investigación también de los procesos de recreación de lo ciudadano: de los nuevos modos de *sentir la pertenencia a territorios*, de convivir en la heterogeneidad y del *empoderamiento local* en la toma de decisiones.

Reconfiguración de las identidades y nuevas percepciones de lo nacional

Hasta no hace muchos años el mapa cultural de nuestro país era el de miles de comunidades culturalmente homogéneas, fuertemente homogéneas pero aisladas y dispersas, casi incomunicadas entre sí y muy débilmente vinculadas a la nación. Hoy el mapa cultural es otro. Con mayor intensidad que en los otros países de América Latina, Colombia vive un desplazamiento del peso poblacional del campo a la ciudad que no es meramente cuantitativo sino el indicio de la aparición de una trama cultural urbana heterogénea, esto es formada por una enorme diversidad de identidades y sociabilidades: estilos de vivir, estructuras del sentir, modos de narrar, pero una trama fuerte y densamente comunicada, y que desafía los marcos de referencia y comprensión forjados sobre la base de identidades nítidas, de arraigos fuertes y deslindes claros. Aun las culturas más fuertemente locales atraviesan cambios que afectan a los modos de experimentar la pertenencia al territorio y las formas de vivir

la identidad, movimientos que desplazan las antiguas fronteras entre lo tradicional y lo moderno, lo local y lo extranjero.

Se trata de un mapa con muchas poblaciones a medio camino entre el pueblo campesino y el barrio ciudadano, con pueblos donde las relaciones sociales ya no tienen la estabilidad ni la elementalidad de lo rural, y con barrios que son el ámbito donde sobreviven entremezcladas autoritarismos feudales con la horizontalidad tejida en el rebusque y la informalidad urbanos. El suburbio –nuestros desmesurados barrios de invasión– Agua Blanca en Cali, Ciudad Bolívar en Bogotá o las comunas nororientales en Medellín– se ha convertido en lugar estratégico del reciclaje cultural: de la formación de una cultura del rebusque en la que se mezcla la complicidad delincuencial con solidaridades vecinales y lealtades a toda prueba, intercambios y exclusiones que hablan de las transacciones morales sin las cuales resulta imposible sobrevivir en la ciudad, del mestizaje entre la violencia que se sufre y aquella otra desde la que se resiste, intercambios entre las sonoridades étnicas y los ritmos urbanos del rock y del rap.

A todo lo anterior se añade el reconocimiento, en la Constitución nacional del año '91, de la pluriculturalidad y diversidad étnica de la nación, esto es el reconocimiento de que *no hay una sola manera de ser colombiano* sino varias y muy densamente diversas. Lo cual replantea radicalmente el monoteísmo desde el que fue concebida y vivida la nacionalidad colombiana en su primera constitución, y a lo largo de una historia en la que se era colombiano o anticolombiano, tanto como se era conservador o liberal, y no había alternativa ni a lo uno ni a lo otro, pues cualquier alternativa desdibujaba las seguridades desde las que funcionaba el país. Un país que supo centralizar –someter las rebeldes regiones a un centro de poder y decisiones en todos los campos– pero no articular sus enormes diferencias y desigualdades regionales. Como en la mayoría de América Latina las naciones se hicieron “a costa” de las regiones, esto es, no haciendo converger las diferencias sino subordinándolas, poniéndolas al servicio de un Estado que más que integrar supo centralizar.

Hoy ese centralismo, contra el que se erigió la nueva Constitución, ha empezado a corregirse pero aun sobrevive un fuerte precisamente en los ámbitos de la educación, la cultura y las comunicaciones, como lo atestiguan fehacientemente la estandarización de saberes –con la consiguiente destrucción de saberes locales– que imponen los ECAES, o la que implican los “paquetes” de libros o de instrumentos musicales de bandas de pueblo enviados hasta las comunidades indígenas (!), o la imposibilidad de que se permita a las emisoras de radio comunitarias encadenarse para hablarle al país.

Pero ya sea desde el “afuera”, que trastorna lo nacional mediante los procesos de globalización de los modelos y las decisiones macroeconómicas, las nuevas formas de la administración pública o la gestión privada, y de la intensificación de la comunicación y el intercambio entre las más diversas y alejadas culturas; o desde el adentro, que movilizan las sociedades regionales y locales, las étnias y las razas, los géneros y las

edades; nos hallamos ante una fortísima desestabilización de ese *centro* que ejercía y simbolizaba la *identidad nacional*, y de una ancha diversificación de las sensibilidades, esto es de modos en que la gente percibe y se siente argentino, brasileño o colombiano. A otros modos de estar/sentirse juntos están correspondiendo cambios que necesitamos investigar en sus más densas dimensiones comunicativas e incommunicativas:

- Entrelazamiento de la polarización social que hoy vivimos con la radicalización fundamentalista de las identidades religiosas, étnicas, raciales,
- Formas que está adoptando en el país un *multiculturalismo light* que llega hasta tolerar la diversidad pero continúa demarcando claramente las instancias y las distancias entre todos los *diferentes* y diferenciables o excluibles,
- Procesos en los que van emergiendo y haciéndose visibles prácticas de la *interculturalidad*: el diálogo de saberes, los ecumenismos religiosos, las hibridaciones estéticas, etc.,
- Pluralización, y fragilización o fanatización, de los referentes identitarios en la experiencia cotidiana de los desplazados y emigrantes o en la de los más jóvenes,
- Diferencias entre las modalidades puramente implosivas o *reaccionarias* de la identidad, y las modalidades *de resistencia* mediante las cuales ciertas comunidades culturales buscan no sólo sobrevivir sino reubicarse y recrearse,
- Relaciones entre transformaciones identitarias y nuevas subjetividades que pasan por la corporalidad, la sexualidad y el género,
- Reconfiguraciones observables en el país de la indefinición o borrado de muchas de las fronteras que separaban tajantemente lo propio y lo extranjero, lo particular y lo universal, lo nuestro y lo otro.

Mutaciones de la experiencia estética

Al iniciarse la última década del siglo XX Gianni Vattimo fue uno de los primeros en alertarnos acerca de los cambios que afectaron al arte desde las transformaciones en la comunicación pero también de lo que en el arte no habla de sí mismo sino de algunas de las dimensiones más secretas de la sociedad que lo produjo: “Tal y como ha venido ocurriendo a lo largo de toda la edad moderna es muy probable que también hoy los rasgos más relevantes de la existencia, y del sentido de nuestra época, se enuncien y anticipen, de manera particularmente evidente, en la experiencia estética. Es necesario prestarle una gran atención si se quiere entender no sólo lo que sucede en el arte sino más en general lo que sucede con el ser en la existencia de la modernidad tardía”. De modo que *experiencia estética* resulta siendo a comienzos del nuevo siglo el modo de denominar lo que al iniciarse el s.XX Walter Benjamin denominó *sensorium colectivo* dando un vuelco a la concepción misma de la historia, un vuelco que permitiera mirarla ya no desde los grandes acontecimientos

y las obras consagradas sino desde *las modificaciones de la percepción colectiva*. Los dos movimientos que más hóndamente han configurado, en sus complementaciones y contradicciones, la experiencia estética del siglo que estamos iniciando son, de un lado la *masificación estructural* de una sociedad en la que la homogenización inevitable de la vivienda, del vestido y de la comida, se entrelaza con una compulsiva búsqueda individual de diferenciación en los gustos y los estilos de vida; masificación/individuación que responde no sólo a la nueva lógica económica neoliberal que rige la globalización sino también nuevo *entorno tecnológico* que conecta los cambios en las condiciones del saber con las nuevas maneras del sentir, y ambos con los nuevos modos de estar juntos, nuevas figuras de la socialidad, produciendo un emborronamiento de las fronteras entre arte y ciencia, entre experimentación técnica e innovación estética. De otro lado, las intensas relaciones de las culturas con el *sistema-mundo* replantea tanto el sentido de lo universal como de lo local. Pues el movimiento de mundialización de las sensibilidades, y el contrario pero complementario de fragmentación y liberación de las diferencias, han hecho estallar el *horizonte cultural común* que sostenía la dinámica de enraizamiento y proyección del arte. Ahora las relaciones entre las culturas pasan por unos modelos de comunicación entre los pueblos que provienen de las tecnologías y los mercados. Y, de otra parte, la relación *arte/diseño* señala el sentido expandido de la interacción entre estandarización e innovación estética, entre racionalización y experimentación, entre formas culturales y formatos industriales, exigiéndonos pensar la *convergencia digital* como dimensión constitutiva del entorno cotidiano y fuente de nuevos lenguajes. Era necesario poner estas premisas para poder abordar algunos rasgos del cambio que la experiencia estética deja vislumbrar en el país. Y para lo cual me voy a servir de una investigación que realicé a mediados de los años noventa mediante una “encuesta en profundidad” a cien personas de diversas ciudades y regiones de Colombia, de la que, lo que sigue, recoge algunos rasgos claves a partir de una versión actualizada.

Profesionalización de los oficios y consolidación de un mercado del arte

Es el cambio más densamente caracterizador del movimiento artístico que atraviesa el país estos últimos años. Aunque en muchos campos estéticos esa profesionalización sea incipiente y precaria –como en el caso de la danza– lo que se relleva es la creciente conciencia de la necesidad de una formación especializada y el crecimiento tanto de las instituciones que se hacen cargo de esa formación como de los grupos que han empezado a tener estatus profesional. De otro lado, y con todas las diferencias que entre la plástica y la música, o entre la literatura y el teatro, es manifiesta la expansión y consolidación de públicos, de espectadores, de aficionados, de lectores y también de las instituciones de intermediación que gestionan profesionalmente los procesos de producción, de circulación y difusión, etc. El crecimiento de galerías de artes plásticas,

la envergadura de los festivales de teatro, la creciente organización de conciertos con presencia internacional tanto de música clásica como de rock y pop, el volumen de la producción editorial de autores nacionales y de traducciones hechas en el país, hablan de un proceso con vaivenes y precariedades, lento pero de un innegable despliegue de la creatividad artística, de claros avances en su reconocimiento y legitimación cultural y social, de modo que, con todas las contradicciones que sin duda ello implica, el país de halla en un proceso de consolidación de la estructura tanto empresarial, como independiente de sus industrias culturales.

Eclecticismo y transclasismo: expansión de los públicos

No estamos sólo ante la emergencia de una creciente profesionalización de las artes y las industrias culturales sino también de nuevos públicos y consumidores de arte. El que no pocos de los grandes narcotraficantes escogieran el arte como inversión para el lavado de dólares es no sólo un dato sino un sintoma de la *reconversión* que atraviean los “valores” del arte entre una devaluación radical de muchos de los criterios que rigieron a la modernidad y una revaluación creciente del valor comercial del arte. A lo que se añade

La expansión de una estética de lo efímero que empata con los acelerados ritmos de obsolescencia de los objetos mercantiles, degradando la temporalidad de los estilos equipararla a la de las modas en un vértigo de innovaciones que hace muy difícil separar lo que esas innovaciones tienen de cambio estético de lo que tienen de pulsión mercantil en búsqueda de “sorpresas rentables”. En un país sin apenas tradición de *crítica de arte* esos movimientos se hacen más visibles en los salones regionales y nacionales de arte de los últimos años. Pero al mismo tiempo es notable otro movimiento de cambio, es el que señala la importancia estético-cultural *del rock* en la configuración de las sensibilidades jóvenes, que hacen de la música un “idioma” de tribu y una fuente de representaciones e imaginarios que a su vez rebasan el campo de la música para configurar estilos de vida: modos de pensar y sentir, de diseñar el cuerpo, de vestirse y bailar, de asociarse y de hablar. El fenómeno cultural del rock indica así mismo la borradura de las fronteras que separaban y oponían la cultura erudita a la popular y la masiva con lo que se convierte en expresión de una sensibilidad transclasista y transcultural, en la que las lógicas del mercado, por determinantes que sean, no agotan la significación de los cambios que cataliza esa nueva sensibilidad. Y emparentando los movimientos anteriores aparece *el ensanchamiento de los públicos*: frente a un país de estratos casi impermeables y de elites marcadamente provincianas hoy mucha gente “del común” se siente interpelada por el arte, y siente al arte como dimensión vital, lo que responde tanto a la ampliación de los “escenarios” tradicionales como a los que posibilitan las nuevas tecnologías de comunicación. Queda sin embargo el gran déficit que presenta aun en

Colombia el mundo de la educación en su incapacidad de introducir, de la primaria hasta la universidad, la *formación estética* en su doble y estratégica relación: a la autoexpresión y a la ciudadanía.

Recontextualización tanto de los modelos como de las tradiciones

Por encima y más allá de la homogenización que nos presiona de afuera y de la pulsión imitativa que ha prevalecido durante tantos años, el país está viviendo un profundo movimiento de apertura mental y de sus sensibilidades que le está permitiendo apropiarse de materiales y formatos, de tendencias y tecnologías para dar forma y expresión, nada provincianas, a sus propias vivencias y visiones del mundo, a sus contemporáneas angustias y sueños. De la plástica a la danza, y de la arquitectura a la novela, al rock en español o al videoarte, a las narrativas de cine y –con avances y retrocesos notorios– de televisión, hay un ancho proceso de búsqueda y experimentación que no se agota en lo formal y que en casos, cada día menos excepcionales, están encontrando un amplio reconocimiento internacional, del que son espléndidos ejemplos en un ámbito reciente como la danza *El colegio del cuerpo* en Cartagena e *Incolballet* en Cali.

Expansión de la dimensión estética más allá de la obra de arte

Si no en forma generalizada al menos en una multiplicidad de ciudades tanto la arquitectura como el urbanismo están viviendo un notable proceso a la vez de innovación y reapropiación de formas, de materiales y de entornos. Se trata de edificios y conjuntos arquitectónicos que están logrando la gestación de estilos propios, y de propuestas y realizaciones en la recuperación del centro o de ciertos barrios históricos en algunas ciudades. Enfrentándose a la masificación despersonalizada y banal de formas y de modas importadas sin ningún criterio ni asidero en el clima o el paisaje de nuestras ciudades, y al arrasamiento salvaje de la memoria urbana por los intereses mercantiles, arquitectos y urbanistas están sacando adelante propuestas que, a la vez que se insertan en las diferentes y mestizas tradiciones de este país innovan creativamente y recrean espacios y territorios. Ahí se inserta el reconocimiento del *diseño* –desde el gráfico al textil pasando por el del mobiliario y el industrial en general– un movimiento del que son manifestaciones importantes la expansión y renovación de las escuelas universitarias o de enseñanza no formal, el estatus de *creador* que va ganando el diseñador, el reconocimiento logrado por ciertos diseñadores en el campo de los textiles, el de los cueros y últimamente de las confecciones y la moda. La imbricación directa del diseño en las lógicas y dinámicas del mercado no puede opacar su dimensión estética que hace de él una de las claves más densas de los cambios estéticos que Colombia está viviendo.

Movimientos sociales y medios ciudadanos

Frente al desdibujamiento ideológico y la honda corrupción que sufren los partidos políticos, Colombia vive también hoy un adensamiento y diversificación de los movimientos sociales desde la ecología al feminismo, los étnicos, los regionales y locales, los juveniles y los barriales. Se configura ahí una cierta reinención de lo político y una reubicación sociocultural de las izquierdas. Y es dentro de esa reinención política de las luchas y las negociaciones, junto a ese ensanchamiento de las izquierdas, que el país ve hoy cómo los medios de comunicación, especialmente la radio y la televisión, pero también las revistas y el video, están siendo crecientemente reapropiados por esos movimientos en sus niveles más locales –municipios campesinos y barrios urbanos– pero también empiezan a surgir en niveles más anchos como los de ciudad y los de región.

Fue a finales de los años 70s cuando aparecen las radios comunitarias en Colombia, bastante después de la pionera Radio Sutatenza –en la que lo comunitario tuvo un sentido bien restringido– y bastante después también de su existencia en otros países de América Latina. Y desde sus inicios esas radios se vieron enfrentadas a la incompreensión de un Estado que las ha mirado, hasta hace bien poco, no sólo con recelo sino con las más explícitas formas de deslegitimación y regulación asfixiante cuando no de destrucción. Un Estado esquizofrénico que, de un lado se niega a regular mínimamente el funcionamiento perverso de unos medios que cada día más descaradamente se desligan de sus responsabilidades de servicio público para dedicarse al más craso de los negocios; y de otro lado, pone todo tipo de trabas al crecimiento y afianzamiento de los medios comunitarios de radio y televisión, negándose obstinadamente a abrir nuevas frecuencias de radio comunitaria a las ciudades hasta que las asociaciones de estos medios le ganan una tutela que obliga al mincomunicaciones a hacerlo; un Estado que sigue impidiendo la conexión entre emisoras comunitarias que buscan tejer país desde sus rincones más apartados y abandonados, mientras las emisoras comerciales pueden conectarse o encadenarse en los modos que quieran y para lo que les dé la gana.

Y aun así lo más significativo del desarrollo que han tenido –primero las radios y después las televisiones comunitarias– en el país, es sin duda el poco tiempo que han necesitado esos medios para pasar a incorporarse a un nuevo sentido de lo comunitario-ciudadano. Pues si lo alternativo significó en sus inicios democracia, autogestión y contrahegemonía, ligándose así a la utopía de un cambio social radical suscitado por la revolución cubana, la teoría de la dependencia y la teología de la liberación, también lo alternativo se vio cargado relativamente pronto de lastres marginalistas –el purismo: enfrentamiento de lo pequeño y auténtico vs. lo grande estructural y fatalmente impuro, contaminado por el poder político y económico–; y populistas: el verdadero sujeto social era uno solo y homogéneo –el pueblo, la nación, la clase social– con lo que democratizar la comunicación consistía en ponerla

al servicio de ese sujeto uno. Fue cuando en los ochenta cuando la heterogeneidad de lo social va a empezar a permear las propuestas de comunicación diversificándolas Y a eso se adelantó la radio cuando, revalorizada en su oralidad –en su continuidad y complicidad con las matrices culturales de lo oral– se abrió a la diversidad sociocultural que consagraron las nuevas constituciones en muchos de nuestros países.

Ello ha coincidido con la recuperación desde la sociedad de una concepción de *lo público* que ha estado identificada con y fagocitado por, *lo estatal* tanto entre las derechas como las izquierdas. Pues, más que una cuestión referida a la forma de la sociedad –de la que hacen parte el estado y el mercado, los partidos y los movimientos, las instituciones y la vida de la sociedad– la *idea de comunicación* había acabado siendo pensada políticamente como lo democratizable únicamente desde el Estado, desde la institucionalidad estatal. Y es esa perversión de *lo público* y esa recortada idea de la *lo comunicativo* lo que los medios comunitarios han venido a replantear en los últimos años.

Pues la desregulación de las empresas y la privatización económica de los medios, impuestas por el capitalismo neoliberal, está significando precisamente *la pérdida del sentido de lo público*: tanto en lo que llamabamos “la seguridad social” –servicios públicos de educación, de la salud, de las pensiones– como en lo que políticamente implicaba tener a los medios de comunicación como parte integrante del “servicio público”. Y sin embargo la democracia moderna no fueron sólo los parlamentos sino los servicios públicos de salud, de educación, de vejez, donde medio país trabaja para que el otro medio país estudie, tenga acceso a la salud y tenga una vejez humanamente digna. América latina se destaca hoy en el mundo por estar en la avanzada de acabar con la seguridad social y los servicios públicos. Paradójicamente en este país la más radical privatización de la seguridad social ha coincidido con el cambio a la “seguridad democrática” y con la privatización de la televisión y la telefonía en todas sus modalidades!

De otro lado, la nueva concepción de lo público descubre la articulación entre el *interés común*, el *espacio ciudadano* y la *interacción comunicativa*. Pues es lo propio de la *ciudadanía* hoy el estar asociada al “reconocimiento recíproco”, esto es al derecho a informar y ser informado, a hablar y ser escuchado, imprescindible para poder participar en las decisiones que conciernen a la colectividad. Una de las formas hoy más flagrantes de exclusión ciudadana se sitúa justamente ahí, en la desposesión del *derecho a ser visto y oído*, ya que equivale al de existir/contar socialmente, tanto en el terreno individual como el colectivo, en el de las mayorías como de las minorías.

Y es este nuevo sentido de *lo ciudadano* lo que a la vez hace visibles la crisis que sufre el ejercicio de *la representación partidaria* y la crucial importancia ciudadana que hoy adquiere la exigencia de *reconocimiento sociocultural*. Pues lo que los nuevos movimientos sociales y las minorías -sean mujeres, jóvenes u homosexuales- demandan no es tanto ser representados sino reconocidos: *hacerse visibles socialmente en su*

diferencia. Lo que da lugar a un modo nuevo de ejercer políticamente sus derechos. Del fundamentalismo sectario que acompañó, desde el siglo pasado hasta bien entrado el actual, al ejercicio de la militancia en las derechas como en las izquierdas hoy la política “se ha enfriado”, según N. Lechner que denomina así la desactivación de la rigidez en las pertenencias posibilitando fidelidades más móviles y colectividades más abiertas. Nuevas figuras de la ciudadanía que corresponden a una también nueva visibilidad social de la política, y de la que son evidencia tanto los sondeos masivos de opinión –tan manipulados por la vieja política– como la proliferación creciente de observatorios y veedurías ciudadanas. Habría que estudiar más a fondo ésta, más que cercanía fonética, articulación semántica entre la *visibilidad* de lo social que posibilita la constitutiva presencia de las imágenes en la vida pública y las *veedurías* como forma actual de fiscalización e intervención de parte de la ciudadanía.

En la medida en que el espacio de la comunicación se torna cada día más estratégico para el desarrollo o el bloqueo de nuestras sociedades –como lo revela la espesa relación entre violencia e información, la incidencia de los medios en la legitimación de las nuevas modalidades de autoritarismo populista, y la presencia determinante de las nuevas tecnologías en la reorganización de la estructura productiva, de la administración pública, y también en la construcción de una nueva esfera pública– se hace más nítida la demanda social de unos medios que sean ante todo *públicos*, esto es no intermediarios de los intereses privados sino *mediadores de las demandas sociales colectivas, de los derechos de las diversas comunidades culturales y de los nuevos lenguajes y narrativas*. Frente a la crisis de la conciencia pública entre los políticos de oficio y la pérdida de relieve social de ciertas figuras tradicionales del intelectual, hoy es indispensable que los medios comunitarios se tornen cada día más cercanos a, y expresivos de, la vida cotidiana de *los ciudadanos*. Lo que implica tomarse verdaderamente en serio que en la comunicación se juega de manera decisiva la suerte de lo público, la supervivencia de la sociedad civil y de la democracia. Esto es lo que hoy está ya haciéndose realidad en la creciente presencia de emisoras de radios asociadas desde sus propias agrupaciones o las asociaciones creadas por los ministerios de cultura y comunicación.

Y también en la Televisión emergen hoy medios ciudadanos que recuperan el carácter público, perdido en buena medida por unos *canales regionales* en los que, con excepción de ciertos programas informativos y documentales, lo que predomina es el modelo que han impuesto los privados, sólo que en más pobre y barato. Lo cual nos coloca en una situación paradójica que nos está exigiendo fortalecer los canales comunitarios de TV buscando al mismo tiempo sinergias y alianzas con los canales regionales y locales aún definidos como “de servicio público”. Pues al fin y al cabo no es desde la pomposa y retórica “identidad nacional” como se va a poder enfrentar la globalización sino desde lo que en este país nos queda de culturalmente más vivo. Lo que está implicando que cultura regional o local signifique entonces no lo

que queda de exótico y folclorizado, la diferencia recluida y excluyente, sino lo que culturalmente es capaz de exponerse al otro, de intercambiar con él y recrearse. Que es lo que están haciendo las televisiones comunitarias para luchar contra sus propias inercias y estereotipos, rehaciendo las memorias y replanteando la noción misma de cultura para que en ella quepan los hechos y las vidas, lo letrado y lo oral, el teatro y la cocina, las diferentes religiones y las diferentes sexualidades.

También el video independiente, al perder sus complejos de inferioridad estética frente al cine, y al superar las tentaciones marginalistas que lo oponían en forma maniquea a la televisión, está abriendo otro espacio de pluralismo comunicativo. Funcionando en circuitos paralelos o abriéndose camino en las brechas que dejan los circuitos de mercado y algunas televisiones públicas el video independiente está haciendo llegar al mundo cultural una heterogeneidad insospechada de actores sociales y una riqueza de temas y narrativas a través de las que emergen y se expresan cambios de fondo en la cultura política de los sectores más jóvenes.

Finalmente, los grupos y movimientos sociales que inspiran y gestionan los medios comunitarios están sabiendo aprovechar las nuevas tecnologías, y en particular internet, para entrar en comunicación con emisoras y canales de otros países especialmente en América Latina. Y en sus intercambios de programas y formas narrativas se tejen poco a poco unas redes en las que aflora *una ciudadanía latinoamericana*. Pues si las naciones-Estado son muy chiquitas para gestionar la complejidad de los procesos y muy grandes para entender toda esa diversidad y pluralidad cultural de la cotidianidad de nuestros países su integración pasa hoy mucho más que por los tratados comerciales por las culturales y ciudadanas.